

Radicalmente

*"El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe".
S.S. San Pío X*



Hace falta una cruzada de verticalidades

21 de julio, 2017 II.80

"Estamos en Guerra por nuestras almas y las almas de aquéllos que amamos. Estamos en guerra por el alma de esta cultura y de esta nación; y como cualquier soldado, tenemos que entrenarnos para luchar bien."

krísis. El asalto al seminario.

(¿una Iglesia feminista?)

Porque vosotros, que sois tan sensatos soportáis con gusto a los insensatos; pues soportáis que os esclavice, que nos devoren, que os roben, que nos traten con altanería, que os abofetee. Con vergüenza lo digo: nos hemos mostrado débiles.

2 Corintios 11, 19-21

No “feminista”. Mujer si es, esposa, Madre y Maestra, ¡Mater et Magistra! Nosotros, que nos mostramos débiles, que soportamos a los insensatos sus insensateces, mostramos, con la vergüenza que remueve a San Pablo, nuestros harapos, nuestras miserias, tan ostensibles y tan escandalosas.

En una conferencia de mujeres, una de las expositoras señalaba que tras los innumerables siglos transcurridos desde el momento en que la serpiente en el paraíso le había dicho a la mujer "seréis como dioses", el diablo se percató de que aquella ocurrencia suya había perdido prestigio, resultaba tonta: las mujeres nunca se habían convertido en diosas. Acertó, entonces, con una brillante, renovadora idea; comenzó, incasablemente, a repetirles: "seréis como el hombre".

Las desgracias nunca vienen solas; se concatenan. Terry Mattingly no es católico; pero en un incisivo artículo, "Por qué tantos hombres piensan que la Iglesia es para mujeres", afirma, y con sobrada razón, que hay excepciones admirables que se pueden señalar, ¿pero no es cierto que, en nuestras parroquias, ya no se encuentran muchos jóvenes que practiquen deportes, armen y desarmen autos y armas, cacen y pesquen? Los monaguillos tienden a ser las niñas. No puede leer la mente de los jóvenes que se alejan de la vida parroquial católica -mantiene él- pero cree que es seguro decir que ahora la ven como *muy suave*, no algo "para un tipo duro". Los escándalos sexuales han aumentado esta percepción.

No siempre fue así. Cuando era un adolescente, continúa Mattingly, en la ciudad de Nueva York, en los años 1950 y 1960 (apostaba que sería lo mismo para los jóvenes católicos en la mayoría de las zonas urbanas del país), los chicos "cool" en la ciudad eran monaguillos; y tanto ellos, como los de la tropa de Boy Scouts afiliada a la parroquia, eran asiduos a un gimnasio parroquial llamado el Liceo, donde el levantamiento de pesas y el boxeo estaban a la orden del día. Esos días han terminado, concluye.

Los árboles no les permiten ver el bosque: nuestros andrajos les ocultan a la Santa Iglesia.

Mattingly no es católico, pero mira a los católicos con mirada de asombro. Hemos menguado. Las cruces, y los caminos que convocan hacia ellas, se han borrado; en su sitio hay veredas preciosas para gente blandengue. Ya no alzamos los crucifijos de hierros brutalmente retorcidos y Cristos destrozados que sublevan el alma e inducen a quemar herejes, a erguirse, militantes, fieros; y al propio tiempo recoger flores a puñados sin aflojar cabalgadura porque haya hambre de aromas, besar al niño por prodigar ternuras, lanzar requiebros a profusión a la mujer... porque se sueña y ama. Todo, con un alma de aceros, a pleno pulmón que hiera los oídos, y que proclame la rudeza y bondad entremezcladas del Evangelio.

Hoy campean, desastrosas, de miel y espumas las misericordias; los sentimientos bonitamente suaves, melifluas las corduras. Ausente la convocatoria a la virtud heroica que clama llaga, coraje, atrevimiento, audacia.

Ya no se nos clava en las codicias una Iglesia de gesta, de caminos abruptos a desbrozar ia machetazos! Hemos heredado, de la Ilustración, el relativismo; del Romanticismo, la sensiblería. Ambos, absurdos, con pretensiones de plantar tiendas y quedarse. No se tiembla en el templo, porque no truenan alardos del infierno, ni rugidos de los juicios finales, ni nos vociferan del dragón que barre con su cola la tercera parte de todas las estrellas. No se nos arrastra a conversión, de la que obliga a golpearse el pecho hasta quebrarlo, ya no se arenga a militancia.

¿Sindicato de monjas? ¿Diaconisas? ¿Laderas jerárquicas? La grandeza en la Iglesia no está en la mitra; está en la santidad, iheroica!: ahí es donde se escala, donde está la cumbre; y en ella, muy alta, excelsa, grandiosa, la más humilde y la más sublime: la Virgen Santa.

Terry Mattingly, que no es católico, pero es incisivo, perfora con su dedo nuestra llaga. Poquitos y poquitas, pero qué ruido hacen y cuánto dañan.

La Iglesia “dura”, nace del seminario “duro”. Duros como Él, duros como su doctrina, ique sí lo es! -en piedra de buena nueva lo esculpe el Evangelista-: “*Dura la doctrina de este hombre*”. Y se largaron. Que se larguen los no duros. Que caigan, mueran, en el desierto, los no aptos para la tierra palestina: ni a Moisés, ni al Cristo, les hacen falta. Duro seminario en el que formó el Cristo a los primeros doce seminaristas. Rudos, de toda la noche en brega; de redes vacías de peces, o muy pesadas, hasta quebrarlas: del todo o nada; sin blandos intermedios; de piel quemada y de inocencias blancas. Hombres muy hombres; hombres muy puros, que para ser hombre no puede mancharse el alma.

Mateo: “*Y Jesús iba por toda Galilea, enseñando en sus sinagogas y proclamando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.*” Toda la Galilea significa 30,000 kilómetros cuadrados. Y la Galilea era solo un pedazo. *No tenían tiempo ni para comer, iy no comían!* Y es por eso que se extendió su fama por toda Siria: ia zancadas de hambre! Seminario salesiano, del Bosco santo: gorgojos en los garbanzos, recortes sobrantes de galletitas los días de fiestas, limpieza de inodoros, fregar los pisos del enorme edificio y los platos hasta que quedaran como espejos; y por la noche, una tras la otra, idénticamente calcadas, el director: Recen, muchachos, que no tenemos nada para comer mañana.

El seminario, que es privilegio y no derecho, áspero, rudo, de forjas y de prueba, que no hacen falta sacerdotes malos: doce, probados, buenos, para el orbe entero; siete diáconos, machos, para atender las mesas; si acaso uno, añadido, como abortivo, para nosotros los gentiles.

Riguroso ese seminario, severo; *inhumano*, divino.
Levantarse a las cinco de la mañana: dos horas de rodillas ante el Santísimo, tres horas de clases: latín, griego antiguo, catecismo básico -muy básico-; tres horas de deportes rudos, muy rudos -el plato fuerte-, dos horas de estudio, el codo uno con la mesa; tertulia, sazonada y sin prisas, tras la parquísima comida; infinitas visitas al Santísimo de un salto al otro salto; rosario ique la Virgen domine! A las ocho a la cama. Eso el primer año. Luego, ir ordenadamente reduciendo el tiempo de deportes -nunca menos de una hora aniquilante- por cederle terreno al intelecto. No vacaciones: pequeños períodos de componentes diferentes colgados en el año. La primera poltronería, el más pequeño grave desliz, ia la calle!

Jesús y sus seminaristas. Una multitud, una montaña a la orilla de un lago, hay que multiplicar los panes porque hay mucha hambre. De Nazaret a Cafarnaúm un día, 46 kilómetros. Entre Nazaret y Belén 162 kilómetros. Una y otra vez. El viaje desde Galilea a Jerusalén podía hacerse, a toda prisa, en tres días. En los últimos días de su vida en Jerusalén se retiraba por las tardes a pernoctar en Betania, cuatro kilómetros. De Jerusalén a Belén hay nueve. Algunas Distancias "cortas" no deben engañarnos: de Nazaret a Caná seis kilómetros, a buen paso casi dos horas en una sucesión ininterrumpida de subidas y de bajadas. **"Llegó, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la parcela de tierra que Jacob dio a su hijo José; y allí estaba el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era la hora sexta".** ¡Era la hora sexta!, iera Jesús!, y estaba cansado, muy cansado. Mientras Él descansaba, a sus seminaristas se les niega el brocal del pozo: **"...pues sus discípulos habían ido a la ciudad a buscar alimentos".** Agotado hasta el extremo de caer extenuado en la popa de una barquichuela que el mar eleva hasta los cielos, Él no se enteraba; mientras dormía, los discípulos remaban y remaban.

El seminario duro. ¡Y de ojo alerta y vigilante!: La primera poltronería, el más pequeño-grave desliz..... Así no nos lo asaltan.¹

Jorge J. Arrastia.

¹En la década del 1930 al 1940, infiltraron más de 1,000 comunistas en los seminarios de Estados Unidos.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.